

QUO VADIS

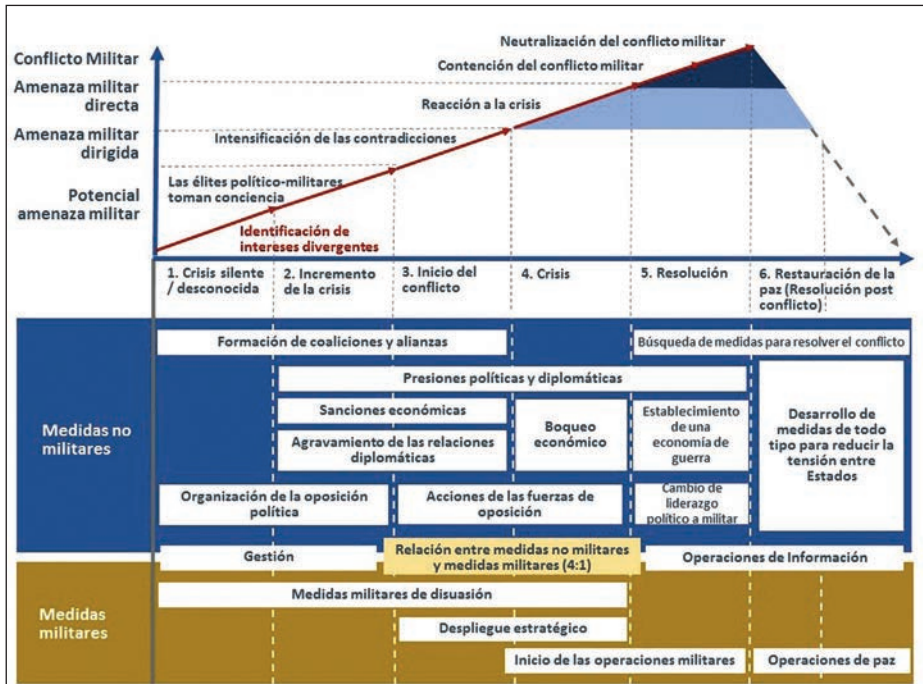
Samuel MORALES MORALES



L general volvió cansado a su tienda, y arrojó el casco sobre el catre. En el casco, que ya estaba abollado, notó otra gran abolladura. El general tomó nota mental de que tenía que pedir un casco nuevo. Era evidente que, como jefe de todas las fuerzas de tierra de la zona, no podía ir al campo de batalla con un casco todo lleno de abolladuras. Se dejó caer sobre una silla y se quitó las botas, que estaban muy embarradas. El día había sido agotador. Desde los preparativos, comenzados antes del alba, y durante todo el ataque y su consiguiente victoria, que había sido abrumadora, hasta la implacable persecución del enemigo, el general no había tenido un momento de reposo. Pero acababa de ganar una victoria importante y decisiva, pues lo más probable era que marcarse el fin de la campaña, quizás el fin de la guerra. El general, embargado por una profunda sensación de haber obrado correctamente, estaba demasiado exhausto para sentir júbilo. Además todavía quedaba mucho por hacer.

Este fragmento pertenece a un ensayo titulado *Battered Helm*, escrito por el general estadounidense Norman Schawarzkopf, donde expone la tesis de que los principios de la guerra son intemporales. Solamente después de la revisión de los ataques, fintas y contraataques, el lector se da cuenta de que el episodio que se relata es la victoria de Julio César sobre Pompeyo durante la batalla de Farsalia, el 9 de agosto del año 48 a. de C.

Sin embargo, la evolución que han sufrido los conflictos durante los últimos años parece apuntar hacia un paulatino cambio de paradigma en la forma de hacer la guerra. En un artículo publicado en la revista rusa *VPK*, el general Valery Gerasimov, actual jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas rusas, afirma que los países occidentales se desenvolverán en los conflictos futuros de una forma más cercana a como lo han hecho durante la intervención en Libia en 2011, las Revueltas Árabes, las Revoluciones de Colores o



La guerra no lineal.

durante la invasión de Irak en 2003. El papel de las capacidades no militares para alcanzar los objetivos políticos y estratégicos ha ganado en importancia y en muchos casos ha superado la eficacia de las medidas exclusivamente militares. De acuerdo a sus conclusiones, se implementan cuatro veces más medidas no militares durante un conflicto que militares, entre ellas las represalias económicas, la propaganda, la subversión política y el empleo de los medios de comunicación social.

Por otra parte, la aparición de actores no estatales, fundamentalmente los de carácter violento, con acceso a nuevas tecnologías que no solo favorecen sus actuaciones, sino que también les proporcionan capacidades que hasta hace pocos años estaban exclusivamente limitadas a los Estados, ha supuesto un desafío a la seguridad internacional y un nuevo adversario al que hacer frente, caracterizado por una gran flexibilidad y capacidad de adaptación a la complejidad del mundo actual.

En este artículo, se analiza de modo subjetivo, cómo el progresivo cambio de paradigma al que se encuentra sometido el orden mundial, desde un modelo unipolar hacia otro multipolar, mucho más interdependiente y plagado de

nuevos actores no estatales, afectará no solamente al planeamiento y conducción de las operaciones militares, sino también a la organización y a la doctrina de las propias Fuerzas Armadas.

La conformación de un nuevo entorno geoestratégico

Charles Kupchan afirma que el orden occidental no se verá desplazado por una nueva gran potencia ni por un modelo político dominante. Por primera vez en la historia, podríamos encontrarnos en un mundo que será mucho más interdependiente, pero sin un centro de gravedad ni un guardián mundial. Un orden mundial, según Ian Bremmer, en el que ningún país ni alianza duradera de países puede hacer frente a los retos del liderazgo global. Ambos autores evocan la afirmación de Zbigniew Brzezinski de que hemos entrado en una era poshegemónica, en el sentido de que, en los próximos años, ningún país podrá tener tanto poder en la política mundial como tenían algunas de las grandes potencias del pasado.

Esta evolución del orden mundial supone un reto para la seguridad internacional que parece configurarse como una combinación de rivalidades entre actores estatales tradicionales; disputas del poder de forma asimétrica por parte de actores no estatales, fundamentalmente de carácter violento, y desafíos constantes a los centros tradicionales de poder y las relaciones entre ellos.

Además, el exponencial desarrollo que ha sufrido la tecnología en los últimos años ha favorecido fenómenos como la globalización, los movimientos de personas, la traslación del poder desde la concepción tradicional hacia otra más difusa, la dilución de las identidades nacionales y la competencia por los recursos.

Todas estas dinámicas influirán no solo en la conformación del entorno físico y de las percepciones de la sociedad, sino también en la forma en la que se gestan y desarrollan los conflictos. Fenómenos como la globalización y el cambio climático traerán como consecuencia que una parte importante de la población mundial se vaya convirtiendo gradualmente en más urbana, más litoral y más conectada, contribuyendo a desarrollar lo que la Agencia de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos denomina la hiperurbanización, fenómeno caracterizado por la concentración de un gran número de personas, con escasos recursos, en un espacio reducido.

Las principales características que definirán este nuevo entorno en desarrollo son: una gran complejidad, un creciente caos en las relaciones entre actores y una gran competencia por los recursos, territorios y poder, no solo entre Estados, sino también por diferentes actores dentro de estos.

Por otra parte, se puede afirmar que esta evolución en el orden mundial se desarrollará sobre la base de tres dinámicas principales que influirán de forma indiscutible sobre el entorno político-estratégico:

- La evolución de la tecnología y su impacto sobre las relaciones entre Estados, entre ellos y la sociedad y entre individuos.
- Las tendencias demográficas y los flujos migratorios.
- La traslación y, en gran medida, difusión de los tradicionales centros de poder.

Sin embargo, y a pesar de esta evolución en el entorno, las causas profundas de los conflictos futuros mantendrán sus tradicionales raíces de ámbito económico, social, religioso, étnico o ambiental; además, y como novedad, también podrán ser provocados por actores no estatales, fundamentalmente por aquellos de carácter no violento, en contra de la concepción tradicional de que los conflictos se producen mayoritariamente entre Estados.

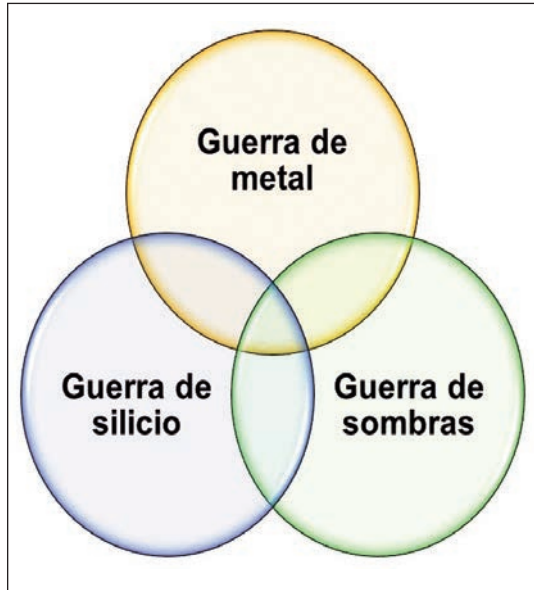
El conflicto, en este nuevo entorno geoestratégico, podrá llegar a tener como objetivo principal la erosión de la legitimidad del Estado frente a su opinión pública, o evitar que proporcione los servicios esenciales a los ciudadanos, todo ello con la intención de provocar una carencia de gobernabilidad real o percibida.

La evolución en la concepción de la guerra

Durante los últimos veinte años, y debido a la ambigüedad que subyace en la correcta definición del conflicto en la actualidad, han surgido innumerables intentos de acotar las «nuevas guerras». Sin la intención de mostrar una lista exhaustiva, se pueden señalar como más representativas las expuestas por: Rupert Smith (*War amongst the people*); Martin Libicki (*Non-obvious warfare*); Mary Crannell y Ben Shepard (*Narrative warfare*); Frank Hoffman (*Hybrid warfare*); Charles Dunlap (*Lawfare*); Qiao Liang y Wang Xiangsui (*Unrestricted warfare*); Edward Luttwak (*Post-heroic warfare*); William Lind (*4.th Generation warfare*) o John Boyd y Frans Osinga (*Decision Cycle Dominance*).

La dificultad para acotar correctamente el nuevo tipo de conflicto al que nos enfrentamos podría provenir del aferramiento conceptual del estamento militar a las guerras industriales entre ejércitos burocratizados posteriores a la Revolución Francesa, lo que ha creado un paradigma muy ritualizado que se centra en el enfrentamiento violento a gran escala entre fuerzas opuestas. Este modelo conceptual provoca en la actualidad confusión y dificultad para asumir las nuevas dinámicas emergentes, ya que se tiende a identificar la parte con el todo. Sin embargo, fenómenos como los ya reseñados en relación con la difusión de la tecnología y el surgimiento de nuevos actores no estatales obligan a plantear un nuevo paradigma en el modo de conceptualizar la forma de enfrentar las amenazas.

El vigente modelo de hacer la guerra, definido por el paradigma napoleónico-industrial, continuará siendo aplicable a un limitado número de escenarios en el siglo XXI, pero debe dejar de ser considerado como el *sancta sanctorum* en la forma de planear y conducir las operaciones militares durante los conflictos armados venideros. El conflicto futuro se podrá concretar en dominios y modos no tradicionales, no solamente con la intención de crear las condiciones para que se puedan alcanzar los objetivos establecidos por medios diferentes a la violencia de la guerra, sino también para influir en la percepción de la población.



Las guerras de silicio, metal y sombras.

El general estadounidense

David Barno afirma que el conflicto al que tendremos que hacer frente se desarrollará como la conjunción simultánea de tres tipos diferentes de guerras: las de silicio, las de metal y las de las sombras. La preponderancia de una de ellas en un momento dado, o la forma en la que cada una de ellas apoya o es apoyada, dependerá de los objetivos políticos establecidos.

Las guerras de silicio, de la que la ciberguerra es su mayor exponente aunque no el único, presentan la gran innovación y el mayor campo de desarrollo en los próximos años, incrementando su impacto sobre la concepción actual de la conducción de las operaciones hasta niveles que no pueden ser vislumbrados completamente en la actualidad.

Las guerras de metal, que podrían ser identificadas *a priori* con el tradicional paradigma napoleónico-industrial, verán cómo un mayor número de actores tendrán la capacidad de desarrollar no solo acciones como la negación de área o acceso, sino también la neutralización o degradación de los sistemas de posicionamiento o de las redes de mando y control de los potenciales adversarios, desarrollando acciones en diferentes ámbitos de forma sincronizada.

Finalmente, la guerra de las sombras se desarrollará fundamentalmente contra combatientes individuales directamente, más que contra formaciones militares tradicionales, a través de acciones selectivas, normalmente encubier-

tas, desplegadas en un amplio espacio geográfico cuya propia definición supondrá un desafío a la «geografía jurídica de la guerra».

Por otra parte, al definir las características potenciales a las que se verá sometido el conflicto en el futuro, no puede obviarse que hoy en día un mayor número de países tienen acceso al espacio ultraterrestre y comienzan a considerarlo como un nuevo ámbito donde es posible que se pueda llegar a producir una confrontación. Esta concepción está llevando a una paulatina y creciente militarización del mencionado espacio, y si bien esta expansión no significa que un conflicto futuro vaya a desarrollarse en este entorno, sí debe tenerse en cuenta que proporcionará una mayor capacidad de obtención de información con múltiples posibilidades, así como la oportunidad de constituir nodos de comunicación que facilitarán la conducción de las operaciones a aquellos países que tengan acceso a él.

El planteamiento y la conducción de las operaciones militares

En 2014, el Royal United Services Institute for Defense and Security Studies realizó un estudio sobre las operaciones militares desarrolladas por el Reino Unido desde 1990. Según este, solamente cinco de las diez operaciones militares de importancia desarrolladas por este país alcanzaron un claro éxito estratégico. Entre ellos, los más claros vinieron determinados por las intervenciones en Kuwait en 1991 y en Afganistán en 2001. Ambas operaciones se desarrollaron en respuesta a una flagrante ruptura de la legalidad internacional, contaron con un amplio apoyo internacional —incluida una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas— y disponían de un objetivo limitado y claramente establecido.

Por otra parte, y como contrapunto a los antedichos éxitos estratégicos, las operaciones militares ejecutadas con el objetivo de construir o reconstruir los países en los que se desarrollaron —Irak en 2003 y Afganistán en 2006— han significado importantes fracasos estratégicos que confirmaron la dificultad de realizar cambios en las sociedades de estos países a través de intervenciones militares. Más recientemente, la intervención en Libia en 2011 también ha demostrado que las operaciones militares de carácter humanitario pueden llegar a tener efectos contraproducentes a largo plazo. Esta tendencia a desarrollar operaciones militares para reconstruir países y transformar sociedades llevó al general estadounidense Martin Dempsey a establecer dos características fundamentales para calificar las operaciones militares futuras: la transnacionalidad y su carácter condicionado.

En las intervenciones militares que se desarrollen en Estados fallidos, o con estructuras de gobierno débiles, el conflicto se sustentará en una importante base social, que se verá acentuada por factores religiosos, étnicos o tribales, y donde predominará la presencia de actores no estatales. El apoyo

incondicional a una de las partes puede llegar a exacerbar la situación y dificultar la consecución de los objetivos establecidos y llevar al fracaso.

En estos escenarios, donde los actores no estatales serán una nueva normalidad, el campo de batalla se configurará de forma diferente a la tradicional. David Kilcullen afirma que los Estados tendrán que hacer frente durante la conducción de las operaciones militares a actores no estatales cuyas actuaciones se caracterizarán por:

- Integrar acciones terroristas, de subversión, insurgencia y apoyo humanitario para influir sobre las percepciones de la población.
- Utilizar la sinergia generada por un gran grupo de actores que actuarán de forma deslocalizada y descentralizada.
- Explotar las ventajas que proporcionan las nuevas tecnologías para movilizar el apoyo social y legitimidad rápidamente.
- Explotar las potenciales divisiones sociales, religiosas, étnicas, tribales o culturales para provocar reacciones exacerbadas por una parte de la población.
- Utilizar como santuarios los espacios que proporcionan los territorios dónde la acción del gobierno no es efectiva, ya sea por la inexistencia de un Estado (Estados fallidos) o por encontrarse en zonas remotas o no controladas.
- La realización de ataques de un gran valor simbólico para provocar la sobre-reacción de los Estados e intentar influir negativamente en el proceso de toma de decisiones, provocando consecuencias no deseadas o previstas a largo plazo.
- Presentar un gran número de desafíos de menor entidad a los sistemas de seguridad que amenacen con provocar la saturación de estos, la realización de grandes inversiones o la reducción de los derechos y libertades individuales.

Además, y de forma cada vez más recurrente, se desarrollará un enfrentamiento entre diferentes narrativas. Es imprescindible entender que en un gran número de ocasiones, los conflictos futuros requerirán mucho más que la derrota física del adversario; también será necesario contrarrestar y neutralizar la ideología a través de las oportunas contranarrativas y acciones de influencia, con objeto de prevenir un conflicto multigeneracional. En consecuencia, se debe tener presente que la finalización de la participación de las fuerzas propias en un conflicto, siempre sujeta a criterios políticos, no está directamente relacionada con la del final del conflicto y puede provocar una situación de paz negativa que degenera en un nuevo choque a medio plazo.

Conclusiones

Nos encontramos inmersos en un cambio de paradigma del orden mundial desde un mundo unipolar hacia un mundo multipolar, pendiente de concretar en toda su extensión y caracterizado por aspectos como la pérdida de preponderancia de los tradicionales centros de poder, el surgimiento de nuevos actores, el incremento de las relaciones de interdependencia, el desarrollo y difusión de la tecnología, las dinámicas demográficas y una creciente lucha por los recursos. Todo ello ha modificado de forma sustancial el entorno geoestratégico e incrementado el nivel de incertidumbre al que se enfrentan los Estados.

Este paulatino cambio de paradigma influye de forma decisiva en el modo tradicional de entender el conflicto, anclado al tradicional concepto napoleónico-industrial de enfrentamiento entre grandes ejércitos. El nuevo campo de batalla se define por la convergencia: convergencia de actores —estatales y no estatales—, convergencia de ámbitos —tanto nuevos como tradicionales—, convergencia de tácticas —simétricas y asimétricas—; convergencia de modos de gestionar los conflictos —con medidas militares y no militares— y convergencia de narrativas —propias y contrarias—.

Todo ello obliga a un replanteamiento del modo en el que se planean y conducen las operaciones militares, en el que la principal característica vendrá determinada por la adaptabilidad, que influirá en la forma en la se organizan las unidades militares, en la manera en la que ejerza el liderazgo, en la propia definición del *ethos* militar y, por lo tanto, también en los procesos de formación de nuestros profesionales.

Convergencia y adaptabilidad son dos conceptos que determinarán de forma decisiva hacia dónde debemos orientar el esfuerzo a medio plazo en aspectos tan importantes como la formación y el planeamiento de capacidades.

